



CAPÍTULO VIII

Angel Guimerá ¹.

Lo mismo en Cataluña que en el resto de España goza el autor de *Mar y Cel* renombre casi exclusivo de poeta dramático; y es que el descrédito de las lecturas en verso, la índole de los temas beneficiados por Guimerá, y, en el orden económico, lo excep-

¹ Nació en Santa Cruz de Tenerife (Islas Canarias) el año 1847. Su padre era natural de Cataluña, y él mismo vivió desde muy joven en el pueblo de Vendrell, provincia de Tarragona, distinguiéndose pronto por su afición á las costumbres, la lengua y la literatura del país de que procedían sus ascendientes, y del que se consideró hijo legítimo, no ya por adopción, sino por naturaleza. De los veinte á los veintitrés años dió á luz sus primeros y arrogantes ensayos poéticos, principalmente en *La Renaixensa*, publicación que hoy dirige y que transformó de revista en periódico. En 1875 obtuvo un *accessit* en los Juegos florales de Barcelona con su composición *Indibil y Mandoni*, y en los concursos inmediatos los tres premios de rúbrica para lograr el título de *mestre en gay saber*. Como dramático se estrenó en 1879 con la tragedia *Gala Placidia*, á la que han seguido otras de mayor empuje, señaladamente *Mar y Cel*, traducida al castellano por Enrique Gaspar, y cuya representación en Madrid fué, según todos recuerdan, un ruidoso y triunfal acontecimiento literario. En 1889 presidió la fiesta de los Juegos florales, pronunciando con este motivo un discurso de espíritu análogo al posterior de la Asamblea Catalanista de Manresa, con que escandalizó al público madrileño, que le aplaudía algunos meses antes y le retiraba su benevolencia al estrenarse la traducción de *Judith de Welf*.

cionalmente espléndido de la edición en que ha reunido sus *Poesías* ¹, han hecho de ellas una preciosidad bibliográfica costosa y para pocos. Ciertamente que en los volúmenes de los Juegos florales de Barcelona, y en periódicos y antologías, se han publicado sueltas varias de aquellas composiciones; pero aun les falta mucho para adquirir notoriedad entre los mismos literatos, sobre todo si se exceptúan los catalanes. Y eso que tomó á su cargo el tejerles un panegírico largo y entusiasta el profundo José Yxart, agotando en la empresa lo más recóndito de su erudición, lo más sutil y fino de su perspicacia, lo más pintoresco y elegante de su estilo; y reconstruyendo en páginas de gran animación y vida la serie de visiones que han cruzado por el alma de Guimerá, y el proceso gradual de su formación y desenvolvimiento. Salvo alguna aseveración y el espíritu racionalista que flota aquí y allá, perdido en algunas frases, no tengo inconveniente en subscribir el prólogo de Yxart, con el que han de coincidir forzosamente mis juicios más de una vez.

Entiendo con el crítico de *El año pasado* que las facultades creadoras de Guimerá han ido sometiéndose á una evolución lenta, que arranca de lo grandioso y teatral, y termina en la ingenua sencillez, temerosa de profanar sentimientos inefables con adornos postizos, y empeñada en reducir la forma á la categoría de vestidura modesta, ceñida y transparente. Pero esta última manera no es la propia y típica de Guimerá, ni hace desaparecer el sedimento formado por el concurso de la exaltación imaginativa y romántica, del pesimismo fúnebre apasionado de los contrastes fuertes, y de la idolatría á la patria y al hogar doméstico; tres principios que, entrelazados ó aisladamente, presiden

¹ *Poesías de Angel Guimerá, 1870-1887, ab un prólech de Joseph Yxart, ilustradas per J. Ll. Pellicer y A. Fabrés.*—Barcelona, 1887.

de ordinario á los vuelos líricos de nuestro poeta, y de los que tampoco se desprende al escribir para el teatro.

La inspiración de Guimerá, como la de Verdaguer, sólo se satisface con las perspectivas desmesuradas y los grandes horizontes; pero busca los unos y las otras, no en el seno de la Naturaleza, como el autor de *La Atlántida*, sino en la tradición y en la historia, en el apogeo y la ruina de las naciones, en el choque fragoroso de ejércitos ó de ideas, y tal vez en las batallas que libra la conciencia consigo misma y con los agentes y fuerzas sobrenaturales. No presenta la realidad ni evoca los sucesos con el limpio relieve que da la exactitud plástica, sino con el vigor intenso, aunque indeterminado y confuso, de las sensaciones concentradas que se traducen en opulentas imágenes, en tropel de hipóboles y en masas de color. De ahí que los asuntos referentes á la antigüedad clásica pierdan bajo la pluma de Guimerá su aspecto propio por el barniz extraño que le añaden los sentimientos del poeta, interpretados por sus personajes. Los amores de Antonio y Cleopatra, la tragedia de Actium y las postrimerías de la República romana, cediendo el paso á la omnipotencia de Augusto, arrancan á la lira del autor catalán vibraciones, ya de tempestad, ya de melancolía, llenas de hechizo y hermosura, pero sobrado genéricas. Sirvan de ejemplo las palabras de la Reina de Egipto á su amante moribundo:

.....
 Morim! Los cors que vencer no saberen
 llensem del pit, y unint las fredas bocas
 si al bes primer la terra nos partirem
 partimse avuy l'imperi de las ombras!...¹.

El imperio de las sombras es cabalmente el en que ejerce supremo dominio Guimerá, donde más á gusto

¹ ¡Muramos! ¡Arrojemos del pecho los corazones que no supieron vencer; y si, al darnos el primer beso, nos dividimos el mundo, dividámonos hoy el imperio de las sombras!...

se espacia, donde sus fosforescentes ojos de iluminado sorprenden los misterios de la muerte, y animan el polvo de los sepulcros, y acompañan en su mudo y silencioso viaje por la tierra á los fantasmas que engendran la fatalidad y la superstición. Para quien ha escrito *De ultratomba*, *Captant*, *En lo desert*, *Confessió*, *La Emperatriu de totes las Rusias*, *Cant del diable*, *Judith de Welf*, *L'any mil*, *La dida del infant*, *Mort del joglar*, *Cant de la mort*, *Poblet*, *Mort del soldat*, *Reu de mort*, *Lo guarda del fossar*, *L'honor real* y *Lo compte de Gers*; para quien entona cantos tan lúgubres, deben de ser muy conocidas y familiares todas las encarnaciones del mal y del dolor, todas las formas de la tristeza que, cual ronda interminable de genios siniestros, afligen á la humanidad. Ora se complace en retratar las ironías del destino, burlándose de la desgracia, y presentando la imagen de la felicidad á la vista del que muere en brazos del hastío y el desamor; ora nos refiere los placeres del verdugo que hace gala de ellos en los instantes de la agonía; ora se propone imitar medrosas baladas alemanas, por el estilo de la *Leonora* de Bürger, exagerando aún más lo sombrío de las tintas; ora repite en frases que hielan la sangre el eterno grito de rebelión contra el cielo, que se retuerce en los labios de Satanás. Hasta los recuerdos de la infancia y del amor se exhiben ante la fantasía de Guimerá envueltos en tinieblas, y excitando á la desesperación.

Aunque sinceramente sentida y expresada, llega á molestar la insistencia en una misma nota, bajo la cual se esconden, por otra parte, audacias que escandalizan y ofenden á oídos cristianos. No puede negarse, á pesar de todo, que el tétrico pincel de Guimerá recuerda en muchas ocasiones el de Dante, ó más bien el de Víctor Hugo, y que las grandiosas visiones de *L'any mil*, *Cant de la mort*, etc., hermanan con las de la *Divina Comedia* y la *Leyenda de los siglos*, así por la concepción como por la forma.

No hace al caso indagar los grados de exactitud histórica que los eruditos conceden á los terrores milenarios, ni el origen de este mito famoso, tan poético de suyo, pues nada importa la falsedad del hecho para el valor de la excelsa poesía que lo conmemora. Es el tiempo en que las primeras nieves bajan por las amarillas faldas de los montes, y cruzan el mar las aves de paso. Los monjes que van por los pueblos en tropel echando absoluciones, el incienso que arde constantemente en los altares, la salmodia nocturna de los monasterios, las rayas de carbón con que los vasallos van escribiendo los días que transcurren, la horca abandonada en lo alto del muro, el súbito enmudecer de los amores y las armas, la quietud enseñoreándose de todos los centros de vida y ebullición sociales, presagian la desaparición del mundo para el instante en que sueñen los tres toques de la trompeta del Juicio. El sol, haciendo su viaje, que los hombres creen el último:

Tocá á Occident, y al cim de las montanyas,
Guayant pe'ls tronchs espesshits dels roures,
Semblava un ull, caygudas las pestanyas,
D'esguart boyrós qu'eternament va á cloures ¹.

Cúbrese luego el espacio de sombras, amontónase en las calles silenciosa y revuelta turba de vasallos y nobles, de madres angustiadas, de enfermos y de ancianos que con incierto paso caminan empujándose hacia los templos. Y al llegar la hora temida:

Repós glassat. Ab los mantells cubreixen
Las gents sa vista que la llum refusa,
Y senten tots los polsos que 'ls glateixen
Com dos martells batent sobre l'enclusa ².

¹ Tocó en el Ocaso, y en la cima de los montes, acechando por entre la espesura de los robles, parecía un ojo sin pestañas y de nebulosa mirada, que va á cerrarse para siempre.

² Helada calma. Los hombres ocultan con los mantos sus ojos que rehuyen la luz, y sienten latir sus sienas como dos martillos que golpean sobre el yunque.

El poeta describe admirablemente el tímido des-puntar de la esperanza en los corazones invadidos por la suprema tristeza, hasta que, al fin,

L' hora ha pasat. Tan sols ratxa lleugera
Torba 'l misteri de la nit callada:
Pau en lo mon y en la celest esfera:
Ya es l' any novell; ja ve la matinada.
L' espay blaveja; los estels se fonen;
Mansa la boyra en Occident s'ajunta;
Als galls que cantan altres galls responen;
L'Orient es or, es foch; ja l' sol despunta! ¹

Todo es solemne, todo magnífico en la que tengo por obra maestra de Guimerá, cuyo genio concentrado y meditabundo no ha vuelto á hallar tema tan de su dominio, ni acentos tan sublimes y de tan elocuente sobriedad.

El amor patrio, exclusivista é impetuoso, y el del hogar que le sirve de germen, son la otra cuerda de su lira de ébano y bronce; cuerda movida también por la mano del dolor, y de la que sólo brotan gemidos, imprecaciones y protestas. Guimerá no canta los días de gloria, sino los desastres de Cataluña, desde la muerte de Indibil y Mandonio hasta la de José Moragas en tiempo de Felipe V, pasando por la del Conde de Urgell y la de Pablo Claris, prefiriendo á la execración directa de las que juzga tiranías aborrecibles, el recuento minucioso y crudamente realista de suplicios y quejas, y á la manifestación de aspiraciones propias las hábiles apologías encarnadas en los hechos y los alegatos de sus héroes, con quienes obliga á simpatizar á los lectores por el atractivo de la desventura innmerecida.

¹ Ha pasado la hora. Tan sólo alguna ráfaga de aire turba el misterio de la callada noche: paz en el mundo y en la celeste esfera: ya es año nuevo; ya viene la mañana. Azulea el espacio, se funden las estrellas en luz, la bruma va á refugiarse poco á poco en Occidente; á los gallos que cantan responden otros gallos; el Oriente es oro, es fuego: ya despunta el sol!

Cuando Guimerá se resuelve á hacernos confidencias íntimas, ahonda con encarnizamiento en las úlceras de su alma, evoca con tristeza infinita los recuerdos de la infancia, el bullicio de la Noche Buena y las alegrías de los primeros amores, frente al vacío de la soledad, la pérdida de todas las ilusiones y el sepulcral silencio de la casa paterna; se complace en pintarnos á la mujer querida en brazos de otro hombre á quien llama esposo, y satura su alma con el veneno de la pasión vedada é imposible.

Ingenio tan amante de las sombras, tan implacable en su pesimismo, ¿qué género teatral había de elegir más en consonancia con sus aficiones que la tragedia? A él, pues, se ha consagrado resueltamente, admitiendo la denominación quedese el romanticismo acá parece reservada para las imitaciones más ó menos genuinas de Esquilo, Sófocles y Eurípides, ó de Corneille y Racine. Por un prejuicio sin fundamento se sobreentiende por lo común, al hablar de tragedias, el sobrenombre de *clásicas*; y ya que el uso corriente exceptúe las de Shakespeare, Calderón, Schiller y demás inmortales consagrados por la fama, no consiente á los autores contemporáneos que bauticen sus obras, aunque desti'en sangre por todas las letras, con un nombre ligado indisolublemente, en la apreciación de muchos, al de las tres unidades, ó cuando menos, y tratándose de España, á los cinco actos de rúbrica y al acompasamiento del romance endecasílabo. Si se pregunta cuáles son las tragedias castellanas del siglo XIX, todos contestamos, por convenio instintivo y tácito, con la estereotipada lista de *Pelayo*, *Edipo*, *Virginia* y *La Muerte de César*, sin atrevernos á mencionar otras tragedias románticas de Tamayo ó Echegaray, por ejemplo, é imitando el que nos dan los mismos dramaturgos.

Guimerá no trata de disimular el coturno, y hace perfectamente. Bien es cierto que, al estrenarlo, se ins-

piró en un asunto de la historia antigua, imprimiendo á la acción movimiento de lentitud majestuosa y carácter de sobriedad en el ornato, á la vez que respetaba el uso del romance heroico, ya que no las caprichosas trabas del pseudo-clasicismo. Si el volumen de sus *Poesías* se abre con un canto fúnebre á la desaparición de la República romana, en la primera de sus tragedias presenciamos la agonía del Imperio de Occidente; si allí son los brazos de una mujer los que ahogan el viril aliento de un triunviro, aquí hay otra Eva que con sus hechizos detiene la cólera de su bárbaro esposo para que no se desborde como lava de un volcán sobre los últimos restos de la omnipotencia latina. La historia del primer Rey visigodo de España, débil continuador y heredero de Alarico, fascinado por la orgullosa hermana del Emperador Honorio, impotente para regir á su pueblo y dominar al enemigo, y víctima de los odios de una facción, ofrece elementos y contrastes dramáticos que Guimerá utiliza, pero embelleciéndolos con otros más vivos, humanos y profundos, hijos de su fantasía renovadora.

Sin duda hay un gran fondo de interés poético en la guerra sin cuartel entre dos razas adversas, entre la civilización decrepita y muelle y la barbarie asoladora, instrumento ciego de providenciales destinos, si bien tal linaje de interés se acomoda mejor á la forma narrativa que á la teatral. El autor de *Gala Placidia* lo hace sentir indirectamente, como fluido atmosférico en que se mueven los personajes y que se respira, aunque se oculte á los ojos; pero el punto cardinal de la acción y su centro de convergencia no son otros que los amores de Vernulfo y Placidia; amores desprovistos de color de época y que emanan del manantial donde bebieron todos los grandes artistas del mundo, de los profundos senos del alma.

Salvo la injustificada espontaneidad con que el odio entre la adusta Soberana y el soldado que pretende

arrebatarse la vida, se trueca en ímpetu irresistible de cariño y adoración mutuos, todas las gradaciones por que éstos pasan, hasta el suicidio de Vernulfo, obedecen á la lógica extraña de los afectos avasalladores, y van destacándose como espirales de fuego, con intensidad y matices shakespirianos. No basta que la mujer de Ataúlfo se encuentre hastiada de su esposo, y que vea con admiración, en el godo vil que quiso matarla, un joven agraciado, heroico menospreciador de la vida, á quien debió el salvar la suya la hija del gran Teodosio en el saqueo de Roma; no bastan, digo, tales coincidencias para que al punto deponga la Reina su actitud de leona ofendida, su horror á la persona y á la raza del criminal, y la indomable entereza de su corazón duro y sus desdenes patricios, nombrando su guarda de honor al reo de lesa majestad.

Al fraguarse entre los ambiciosos y descontentos una conjuración contra el Rey, Vernulfo los alienta en sus designios; pero con la mira puesta, ante todo, en la suerte de su amada, promete á aquéllos encender una luz en la torre del palacio de Llobregat, como señal de la partida del Rey, para que le sorprendan en el camino. Como sabe que Placidia desprecia á su esposo y suspira por volver á Italia, le brinda con la realización de sus deseos; pero un residuo de dignidad y decoro hace que la insensible belleza se niegue á consentir en el asesinato de Ataúlfo, y que, prevalida de su ascendiente supremo sobre el cómplice, le detenga, al dirigirse á la torre para dar el aviso fatal, embriagándole de placer con una declaración amorosa que se sobrepone á todo respeto, á todo cálculo de prudencia, al instinto de la sangre y al temor de los peligros futuros.

Ciego el Rey, no sospecha su deshonra; estimulado por sus guerreros, se decide á romper las hostilidades con los romanos, mientras Vernulfo prepara una nave para la fuga de Placidia á Italia. Las escenas

en que el esposo traicionado se despide de su esposa, y ésta del amante, son dechados de situaciones patéticas:

-
- PLACIDIA. ¡Si no nos volviésemos á ver!...
- ATAÚLFO. ¿Qué?...
- PLACIDIA. Si aciaga nos separase... ¡la muerte!...
- ATAÚLFO. (*Señalando el cielo.*) Allá...
- PLACIDIA. ¿Me perdonas... si te he ofendido alguna vez?
- ATAÚLFO. ¡Reina mía!... ¿Y tú me perdonas... el ser godo?
- PLACIDIA. Sí, vete.
- ATAÚLFO. Yo volveré, señora.
- PLACIDIA. (*Enjugándose las lágrimas rápidamente.*) (Ahora, ¡hasta el cielo!)¹

Compárese la viril concisión de este diálogo con el desbordamiento del que sigue:

-
- PLACIDIA. (*A Vernulfo, con desesperación.*) Hasta ayer, mi soberbia voluntad pertenecía sólo al pueblo romano. ¡Suerte malhadada! Cada vez que, febril el Monarca, abría, para estrecharme en ellos, sus brazos, le hurtaba yo una porción del mundo que él inadvertidamente dejaba caer: hoy no puedo hacerlo, porque me abrasa este amor por ti!
- VERNULFO. ¡Placidia!
- PLACIDIA. (*Con feroz energía, cogiendo entre sus manos la cabeza de Vernulfo y mirándole fijamente.*) ¡Mírame! ¡Mírame de hito en hito! ¿Qué hay en tu cara y en el fondo

¹ Acto III, escena 7.^a